

Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos;
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.
Mas ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
recogían para los cueros de sus hondas?...

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora
mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.

Entretanto, respiro mi salitre y mi iodo
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.
Es lo mejor.

VII

Y aquí mi epístola concluye.

Hay una ansia de tiempo que de mi pluma fluye
a veces, como hay veces de enorme economía.
—Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía—.
Mírame transparentemente, con tu marido,
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

(Tomada de *Babel*, N.º 2. Buenos Aires).

De una antinomia al parecer insoluble

POR AZORIN

QUIÉN habla del *peligro yanqui*?
¿Qué es lo que se quiere significar con esta locución? No se suelen leer los tratadistas de política que han escrito durante la primera mitad del siglo XIX; no se suele leer—cuando se habla de la censura, de la democracia, de la libertad de la Prensa, etc.—a Benjamín Constant, a Vacherot, a Tocqueville... Sin embargo, algunos de esos autores han expuesto opiniones definitivas, irreprochables, sobre los problemas políticos que en la actualidad nos preocupan. No citamos, ni leemos, a esos autores; pero devoramos una porción de libros fugaces, inconsistentes, sin originalidad y sin trascendencia. La difusión de la Prensa periódica ha traído a la vida moderna esta calamidad. Se desdeña lo sólido y se presta atención a lo baladí. Muchedumbre de escritores son citados y comentados por periodistas y parlamentarios; muchedumbre de escritores, decimos, que no vivirán en la memoria de las gentes más que unos años y que no merecen por ningún sentido tributo de admiración. Por ejemplo, Le Bon, tan traído y llevado por los políticos; Sorel, Le Dantec, etc., ¿cómo podrán ser tomados en cuenta por un espíritu perspicaz? Lo extraño es que entendimientos sutiles, ponderados, den categoría de verdaderos

valores a publicistas de esta laya —modas de un momento—, tanto franceses como de Alemania o Inglaterra.

Hablemos del *peligro yanqui*. Tocqueville es autor, en otros libros, del titulado *De la democracia en América*. Lo componen cuatro volúmenes (editados en París por Gosselin); los dos primeros fueron publicados en 1835; los dos últimos, en 1840. El tercer volumen de la obra es el que más puede interesar a un literato. Se trata en él del problema intelectual. Del problema intelectual en su relación con la democracia. Uno de los capítulos, muy breve, el XIV, se titula «De la industria literaria». Nos interesa, ante todo, dar en pocas líneas el concepto que tiene Tocqueville de la «modalidad» norteamericana. En el primer capítulo de este tercer volumen, página 2, capítulo intitulado «Del método filosófico de los americanos», Tocqueville escribe las siguientes palabras: «Escapar al espíritu de sistema, al yugo de los hábitos, a las máximas de familia, a las opiniones de clase y, hasta cierto punto, a los prejuicios de nación; no tomar la tradición sino como un dato informativo y los hechos presentes sino como un estudio útil para hacer otra cosa y mejor; buscar por sí solo y en sí mismo la razón de las cosas; tender al resultado sin dejarse

aprisionar por los medios, y apuntar al fondo a través de la forma: tales son los principales rasgos de lo que yo llamaría el método filosófico de los americanos». Hasta aquí son palabras de Tocqueville. Es decir, que de lo copiado (en donde las palabras subrayadas están subrayadas por nosotros); de lo copiado, decimos, podemos deducir lo siguiente: ausencia de tradición, realidad inmediata que sirva de apoyo para pasar a otro estado ulterior. La filosofía pragmatista no es otra cosa que este apoyo *provisional* en una creencia, en un sentimiento, verdadero o falso, para lograr un objetivo; verdadero o falso, pero desde luego *útil*, puesto que con él se logra el propósito. Y si se logra el propósito—dicen los pragmatistas—, es verdadero.

Ausencia de tradición y—permitid el neologismo—*provisionalidad*. Las dos cualidades se complementan; la segunda es resultado lógico de la primera. Sin tradición, en el arte, por ejemplo, no puede producirse lo «acabado», lo fino, lo perfecto. Tradición es conjunto, resultado de múltiples y largas experiencias. Sin tradición literaria es imposible que podáis gustar de una tragedia de Racine. El espíritu no tiende a la depuración. Se va impetuosamente a lo inmediato, a la primera realidad. Los ensueños, las delicadezas, las entelequias y neblinas inútiles (poesía lírica, novela psicológica) no dicen nada a los ánimos conmovidos por el tráfigo vertiginoso de una vida mecánica. Se necesita la emoción truculenta y enorme. El mejor metro para medir una obra, es su despacho en librería. «En tiempos de democracia—dice Tocqueville en el citado capítulo XIV—, el público se conduce frecuentemente con los autores como los Reyes con sus cortesanos: los enriquece y los desprecia».

Y nos hallamos en el centro del problema. La marea creciente de la democracia—imperio de las multitudes—¿llegará a invadir la individualidad creadora, la originalidad literaria? Si examinamos la marcha del espíritu humano durante la era cristiana veremos que al llegar al siglo XVIII, al llegar al final de ese siglo, la personalidad

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA